

OJOS

Hoy me he puesto las gafas de color azul marino. Tengo una bonita colección. Soy un hombre afortunado por mi colección de gafas de sol. Le gusto más a las chicas. Me hacen interesante. Tengo de diferentes épocas, estilos y colores, incluso algunas gafas a imitación de las de los famosos...Ahora quiero comprarme las nuevas que han salido de la casa Star. Soy un tipo feliz.

El tren de hoy se dirige a Córdoba. Apenas salir tuve que amonestar a un viajero por su insistencia en mirar por la ventana. Me gusta mi trabajo. Amonestar siempre con una sonrisa. Ser joven y fuerte, tener poder. Somos la policía amable y estética. Sabemos respirar con el abdomen, bailar ritmos africanos, y relajar al personal con nuestras manos y sonrisas. Me encanta follar con las pasajeras. Debí recordarle a otro pasajero la ley básica: sonría y sea amable, había sido brusco, casi agresivo, ¡increíble!, con el teléfono del pasillo que no funcionaba.

Todavía no me he operado de nada, ni siquiera la sonrisa, y eso que tengo veinte años. Debo reconocer que yo miro a través de la ventana. La ventana es una prueba de fortaleza psicológica, de autodomínio. Nos lo enseñaron en la academia. De todos modos, siempre nos dan las gafas tan oscuras. Para protegernos de nosotros mismos. Un día vi el sol. Yo sé que el sol no es tan poco brillante como yo lo vi. Tengo un viejo poster en mi habitación de un amanecer en una playa portuguesa. El sol hace daño, destruye la piel y ciega los ojos para siempre. La gente de antes pensaba que el sol nutría el espíritu, eran unos ignorantes.

Dentro de poco me toca pasar la revisión médico-psicológica

anual. Creo que he descubiero en mi pensamiento una idea irracional. Mi mente sólo necesita un par de pequeños ajustes y a seguir siendo un ser libre-independiente pero social-feliz.

Hace unos meses detuvimos a un viejo. No se como pudo haber sobrevivido tanto tiempo sin ser detectado. Era un poco desagradable. Por supuesto lo tratamos muy bien, y lo retiramos de la vía pública.

De todos modos, con el sistema de tuneles apenas si se ve el exterior. El sistema metro ha terminado por cubrir todo el pais. No hay nada que mirar. A pesar de eso, algunos ciudadanos se empeñan en esos actos tan poco respetuosos, que incomodan a sus vecinos de asiento. Mirar por la ventana es una falta de educación, sería mejor que comieran con la boca abierta o no se ducharan. Más sano. No obstante es una falta leve. En realidad no está prohibido, no hay prohibiciones en nuestro mundo, sólo está mal visto. Me gusta pillar a las chicas haciéndolo, así les sonrío y les riño. Se derriten.

Debo reconocer que me gusta esperar esos tramos fugaces, entre tunel y tunel, donde el sol dispara un fogonazo y el tren de alta velocidad parece gritar mortalmente herido. Me parece que la luz atraviesa hasta el cristal de mis gafas de sol. Me excita. ¡Qué hermoso debe ser el color de la energía!. Pero estoy preocupado. Los ojos han empezado a llorarme. Tal vez es una enfermedad por violar las leyes espirituales.

Cada vez que eso me ocurre necesito acudir al aseo, para mirar mis ojos en un espejo de bolsillo, que siempre llevo escondido en un doble fondo de mi maleta. Me lo regalo mi madre. Se que los espejos están mal vistos. Una persona que se mira al espejo es un narcisista, con problemas de identidad. Se que

mirarse a los propios ojos es malo para la salud. Tal vez por eso mis ojos enferman. He oído hablar de esta enfermedad en algún libro viejo. Se llaman lágrimas, creo. Lo peor es que no puedo acudir al hospital mayor para curarme de una enfermedad prohibida. No hay asistencia médica para alguien que es culpable de su propia enfermedad, es lógico. No quisiera pillar alguna enfermedad terminal como la tristeza. Es la peor de todas las enfermedades. Se come al hombre por dentro dicen.

Debo vigilar mis pensamientos. Se pueden volver irracionales. Soy un policía de tren. Y me gusta. Mi trabajo consiste en viajar cada día en una línea distinta. El otro día detectamos a una gorda. Hacía mucho tiempo que no veía ninguna. La verdad es que no me pareció tan repulsiva como habían dicho. Es verdad que afectó a la sensibilidad de algunos ciudadanos, sus sonrisas casi se borraron de sus caras. La entregamos en la escuela para que los niños la vieran. Estar gordo debe doler.

Bien, será mejor que vuelva a mi asiento y sonrío. Recuerda la segunda ley: el optimismo es imparable. El hombre que sonríe es aceptado. Pero cada vez me gusta más esconderme y mirar mis ojos. Son tan extraños. De un color verde. Con una profundidad turbia. No se parecen a la piel. Parecen conducir a algún lugar oculto. Algo se dilata en ellos cuando me los miro, y me estremece. Lo peor es que cada vez siento más deseos de quitarme las gafas en público. Pero ese pensamiento me hace sudar las manos, y los ojos empiezan a picarme y a llorar. Debo disimular, si alguien notase que mis ojos lloran, sería mi fin. Mi autodestrucción. Sólo los matrimonios pueden quitarse las gafas, en la intimidad de sus dormitorios, y siempre a oscuras.

Yo jamás le he mirado los ojos a una mujer. La chica situada frente a mí debe tener unos ojos preciosos. Me turba sólo pensarlo. Pero si me quitase las gafas, gritaría y llamaría a la policía. Sólo que la policía soy yo. Me gustaría hablarle de mi deseo, decirle que anhelo ver el sol, preguntarle si se atrevería a mirarlo conmigo. Pero estos son deseos irracionales, son pensamientos trágicos. Me rechazaría. Las mujeres sólo aman a los hombres que sonríen y tienen pensamientos positivos. Debo calmarme. Tal vez acudir al psicólogo para que regule mis pensamientos y me ayude a interiorizar el decálogo de pensamientos positivos: sonreír siempre, ser amable siempre, no esperar nada, cumplir la ley con agrado, aceptar la injusticia con una sonrisa, no desear el amor... Quiero curarme. A veces me despierto por las noches con una pesadilla terrible: creo que la sonrisa se me ha borrado de la cara. Hace algunos días detuvimos a un pasajero que había dejado de sonreír. Le dimos la opción de volver a sonreír, pero se negó. ¡Qué poca vergüenza hay que tener! -dijo una señora. Las emociones se contagian. Por no sonreír, aquel mal sujeto provocó un pequeño enfado en la dama. Es peligroso. Amablemente lo retiramos de la vía pública, y calmamos a la señora con un masaje.

Estoy experimentando con los ojos. He descubierto que expresan cosas. El otro día ocurrió algo muy desagradable, un hombre comenzó a llorar, debía estar sufriendo mucho, tuvimos que dejarlo inconsciente con una inyección. A pesar de nuestros requerimientos educados no obedeció la orden de dejar de llorar. Desalojamos el vagón y el doctor le administró una segunda inyección, esta letal, sin odio. El hombre no tenía salvación, había caído en una depresión. Una vez que te da una, ya nadie

puede evitar que recaigas. Según la medicina mental los deprimidos son unos miserables, culpables de su autodestrucción, deberían suicidarse, y no representar una carga para el sistema.

Una vez muerto, me dejaron a solas con él. No pude evitarlo. Me quite las gafas, le quite sus gafas. Con mis ojos desnudos mire sus ojos desnudos. ¡Dios, estoy enfermo!. Me siento tan mal, tan despreciable. Debo ir al psiquiatra. Tuve incluso la tentación de arrancarle los ojos. Para estudiarlos en casa. Fue alucinante. Eran azules. Más bonitos que las gafas de sol. Debo entregarme. De repente, el hombre muerto, abrió sus ojos y me sonrió con comprensión. Y habló. Dijo: -todo hombre lleva dentro de sí un abismo, hasta el más analfabeto es capaz de crear sueños que superan la imaginación de los artistas. Debieron ser imaginaciones mías, debo ir al doctor y contarle lo de mis ojos. Desde que lloro ya no soy feliz e imparable. Las chicas parecen notarlo. Cometí el error de comentarlo con una, de hablarle del sol, de las lágrimas y de mi deseo de verle los ojos: a mi no me gusta eso, me dijo, y se fue, asustada, creo.